

CONSEJO DE REDACCIÓN

Luis Baliña, Ludovico Videla, Alberto Espezel, Rafael Sassot, Rebeca Obligado, Carlos Hoevel, Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Jorge Saltor (Tucumán), Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Cristina Corti Maderna, Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, M. France Begué, Jorge Scampini o.p., Isabel Pincemin, Andrés Di Ció, Adolfo Mazzinghi, Matías Barboza, Luisa Zorraquin de Marcos, Agustín Podestá, Ignacio Díaz.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Prof. Carola Blaquier, † Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: Pbro. Dr. Andrés Di Ció

Vicedirector: Dr. Francisco Bastitta Harriet

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

Editorial	3
Thomas Söding La profecía de la vejez. Una promesa en el Nuevo Testamento.	6
Bernard Schumacher Recibir la ancianidad	17
André Vingt-Trois Un momento de verdad.	27
Ysabel de Andia Meditación sobre la pérdida de la autonomía y el abandono.	32
Ivica Raguž Una pequeña teología de la vejez	37
Luis Baliña Envejecer como acontecimiento de la misericordia	53
Matías de Martini El desafío de una mirada positiva sobre la vejez	58
María Isolina Dabove Derecho de la vejez. Principios y alcance	66
Grégori Solari La Presencia, la Palabra y el mal de Alzheimer	74
PERSPECTIVAS:	
Alberto Espezel Resurrección y teología actual	80

Meditación sobre la pérdida de la autonomía y el abandono

—
*Ysabel de Andia**

El envejecimiento frecuentemente viene acompañado por una pérdida de autonomía, y una enfermedad no inmediatamente mortal, marca una etapa que puede acogerse a la vez como una prueba y una gracia. Esta experiencia – porque se trata aquí realmente más de experiencia que de un discurso teológico– se funda en la fe en Cristo, y seguramente no puede comprenderse fuera de esta fe viva, pero el rostro de Cristo se vuelve hacia todos.

La pérdida de la autonomía

Hay un antes y un después de la pérdida de la autonomía. Antes, el hombre es dueño de sí mismo como del universo. Está en “plena posesión” de sus medios, y después es desposeído de sí mismo, o mejor, es desposeído de la posesión de sí mismo. Ya no puede hacer lo que antes hacía “él sólo”: comer, caminar. Tiene “necesidad” de una ayuda para hacer todo, y esta “necesidad” aparece a veces como una pérdida de la libertad, una esclavitud. Depende de otros para todo. Ellos son sus piernas, sus manos, sus ojos. Depende de la “buena voluntad” de los otros, que pueden ser atentos o no. Si no le prestan atención, si no comprenden lo que sufre, se siente abandonado. Pero, ¿se puede comprender el sufrimiento sin sentirlo? Sí, se puede, y a eso se lo llama compasión: llorar con los que lloran, alegrarse con los que están alegres.

El mundo se reduce al espacio al que sus pies pueden llevarlo, en el tiempo improbable de su prueba. El pasado trae consigo los grandes espacios de la tierra y del mar, de los paisajes y los viajes. La vista se restringe a un cuarto de hospital o del geriátrico con una ventana que se abre sobre el cielo lejano, sobre los techos de la ciudad. Hasta el lenguaje queda afectado. La conversación se reduce a las preguntas y respuestas de los cuidadores o de algunas visitas. Se acabaron los debates intelectuales, las conferencias o las enseñanzas. El campo de la palabra también se limita. La palabra balbucea,

* Nacida en París en 1937. Es doctora en Teología por la Univ. Gregoriana (Roma) y en Filosofía por la Sorbona (París). Es miembro de la Pontificia Academia de Teología, especializada en patristica.

tartamudea, se retoma... También la memoria está afectada... sobre el pasado se extiende una niebla.

Pérdida de la voluntad o de la libertad, pérdida de la memoria, pérdida de la inteligencia que no “funciona” como antes. Queda la mirada, el apretar las manos que expresan el afecto, el reconocimiento.

Además está la angustia de verse encerrado en un trampa de la que uno no puede salir, la angustia de morir; detrás de la pérdida de autonomía se perfila la pérdida de la vida. Estar sólo con el propio sufrimiento, amurallado en su sufrimiento.

El abandono de Dios y el abandono en Dios

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Estas palabras de Jesús en la cruz, que nos narran Mateo (27,46) y Marcos (15,34), son el comienzo del salmo 22, cercanos al pasaje de Isaías (53) sobre el siervo sufriente.

Cristo ha conocido la agonía, término que significa “lucha” (*agón*) en Getsemaní. La lucha por aceptar la voluntad de Dios, por beber el “cáliz amargo” de la pasión, y padecer el suplicio atroz e infamante de la cruz. Ha pedido al Padre “que aleje de él esta copa”, pero al final se abandona completamente a su voluntad. “No lo que yo quiero sino lo que tú quieras” (Mt 26,39 y Mc 14,36).

Así, el que está “en el fondo hueco del sufrimiento”, lucha por aceptarlo. Y no hay que olvidar demasiado pronto este momento de agonía propio de todo sufrimiento. Para un cristiano, esta aceptación es sostenida por el “sí” de Jesús a su Padre: “No lo que yo quiero”, la salud, la felicidad, sino “lo que tú quieras”, la realidad de este sufrimiento que no ha sido querido por Dios, sino permitido por Él, porque constituye la fuente de un bien mucho mayor.

Cristo ha sufrido antes que nosotros y por nosotros, y nosotros sufrimos con él y en él. Todo sufrimiento es una com-pasión con Cristo, un padecer con la pasión de Cristo, en la pasión de Cristo, y el ángel que lo confortó nos aporta silenciosamente su consuelo.

Podemos soportar las noches oscuras en las que somos arrojados compartiendo su prueba del abandono al Padre, y podemos abandonarnos al compartir su abandono al Padre. El abandono de Dios es la prueba de su ausencia, mientras que el abandono en Dios se apoya en su presencia constante y amante.

Impotencia de la debilidad y poder en la debilidad

Sin embargo, la debilidad humana puede ser querida por Dios para que resplandezca su poder. Pablo “por tres veces pidió al Señor que quitara el Ángel de Satanás encargado de golpearlo” y el Señor le respondió: “*Mi gracia te basta: porque el poder se despliega en la debilidad*. Por tanto, con todo el corazón me gloriaré sobre todo en mis debilidades, a fin de que repose en mí el poder de Cristo” (2 Co 12,9, trad TOB). Dios no suprime la lucha de Pablo contra Satanás, sino que le asegura su gracia que triunfa del mal, más aún, lo mantiene en su fragilidad para que resplandezca su poder.

Cuando uno no “puede” ya hacer nada, sólo puede abandonarse entre las manos paternales, queriendo que “se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo”.

Entonces se descubren profundidades insospechadas: perderse uno mismo para confiarse a Dios nos revela que ya no estamos “solos”, sino que Dios está con nosotros y en nosotros. El yo autónomo no necesitaba a Dios, por lo menos lo creía caminando aparentemente sin él, y he aquí que ahora es como un niño que no suelta más la mano del Padre, se ha convertido en hijo de Dios. Es hijo en el Hijo.

Como Cristo, es “entregado” en manos de los hombres que pueden hacer de él lo que quieran y este abandono en las manos de Dios y en las manos de los hombres, lo llena de reconocimiento por el amor recibido. El abandono de sí mismo le hace descubrir el don del otro, la gracia. Todo es gracia, y la gracia divina “basta”.

He aquí que en su “debilidad” él experimenta el “poder” de Dios y que, con san Pablo, “se glorifica” en su debilidad. La fragilidad de Pablo es la de su impotencia delante de las “fuerzas del mal”, la fuerza de Pablo es saber que es Dios el que realiza con él y en él.

La debilidad de Cristo es su “anonadamiento” sobre la cruz y su “fuerza”, su “exaltación” por el Padre. La cruz es el signo de la victoria divina sobre el pecado y sobre la muerte.

En nuestro abandono entre las manos del Padre descubrimos que el Padre actúa en nosotros con poder para nuestra salvación y la salvación del mundo. Nuestra debilidad, nuestro sufrimiento, es redentor. Es un misterio, una loca esperanza, que sólo se descubre a los ojos de la fe. Lo que “no tiene sentido” se descubre pleno de un sentido infinito. Pasar de la pérdida de la autonomía al abandono a Dios, de la debilidad física a la debilidad como salida espiritual, sólo se puede realizar en la fe, la esperanza y la caridad. *Ave crux spes unica*, decía Edith Stein al partir para Auschwitz.

El abandono como despojo de sí en las manos del Padre y de su “dulce voluntad” engendra una paz profunda, la “paz de Dios que sobrepasa toda inteligencia y guarda sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús” (Fil 2,7). Ya no hay lucha, desgarramiento entre la carne y el espíritu, sino la unificación de todo el ser, en otro tiempo buscada a un nivel menos profundo, el de la inteligencia y la libertad humanas, y ahora realizado en la paz “que sobrepasa toda inteligencia”.

El “yo” de uno mismo, que parecía “perdido” en la pérdida de la autonomía, descubre, en el abandono en Dios, que es todo relativo a Dios. ¿Qué es lo que se ha perdido? Lo que tenemos que abandonar en la muerte, el “hombre viejo”, o el “hombre exterior” ¿Qué es lo que se ha salvado? El “hombre nuevo” u “hombre interior” que ya ha pasado, con Cristo, de la muerte a la vida.

La angustia del tiempo presente y el peso de la gloria eterna

Por eso no perdemos el coraje, y aún si en nosotros el hombre exterior va hacia su ruina, el hombre interior se renueva día a día. Porque nuestras angustias pasajeras son livianas en relación con el peso de la gloria eterna que ellas nos preparan. Nuestro objetivo no es lo que se ve, sino lo que no se ve: lo que se ve es provisorio, pero lo que no se ve es eterno (2 Cor 4,16-18).

San Pablo procede por oposiciones: el hombre exterior y el hombre interior, la angustia y la gloria, lo liviano y lo pesado, lo visible y lo invisible, lo provisorio y lo eterno. Son el revés y el derecho de una misma realidad vista del punto de vista humano o del punto de vista divino.

Nosotros pensamos fácilmente que son nuestras acciones notables las que nos aportan la gloria, pero esta gloria es una gloria humana, pasa como pasa este mundo, sólo el amor permanece. Son nuestras “angustias”, lo que nos parece menos “glorioso”, lo más destructivo de nosotros mismos, que, unidas a Cristo, llevan un “peso de gloria eterna”. Porque, en el abandono en Dios, pasamos ya del tiempo a la eternidad, de nuestro tiempo provisorio a su eternidad feliz y no podemos juzgar nuestras angustias según nosotros, sino según Él.

La cruz hace estallar nuestras medidas humanas, nuestra sabiduría humana, para abrirnos a la inmensidad de Dios, a la sabiduría de Dios que escandaliza la sabiduría humana.

Experimentamos así lo que significa abandonarse a DIOS. La “angustia” de la agonía, el descuartizamiento de la cruz aparece entonces como el camino más seguro para permitir la erupción de la gloria divina en nuestra pobre humanidad.

El abandono en Dios consiste en abandonar lo que somos y a lo que nos aferramos, nuestros pensamientos y nuestros deseos, nuestros sufrimientos y nuestros sueños, para abandonarse en Dios, en Aquel que está más allá de todo y en el corazón de todo, como el Amor que transforma todo en amor.

Traducción: Hna. Josefina Llach